

## DESARROLLO COMUNITARIO, CULTURA Y QUEHACER DE LA UNIVERSIDAD PÚBLICA. YANHUITLÁN, OAXACA, UNA EXPERIENCIA EN CONSTRUCCIÓN

Andrés Moctezuma Barragán\*\*



Durante las primeras décadas de la posguerra, con el pensamiento económico latinoamericano, surgió un proceso de reflexión que caracterizaba la problemática particular de nuestras economías desde una perspectiva donde se articulaban las dificultades estructurales de

las mismas, con la propia historia de nuestras formaciones sociales y su rol e inserción en la dinámica mundial.

Si bien, fuertes controversias estaban presentes -y las ideológicas matizaban o radicalizaban la perspectiva-, las distintas escuelas y corrientes de pensamiento que surgieron en ese periodo compartían un principio toral: la explicación del atraso económico en el contexto de las relaciones norte-sur. Lo nuestro no era una ausencia de desarrollo, sino que el subdesarrollo era, en sí mismo, una forma de desarrollo, una manera de desarrollo desencadenada por la relación centro periferia y el deterioro en los términos del intercambio de Prebisch, el intercambio desigual de Emmanuel, la dialéctica de la dependencia de Marini o el patrón de acumulación de Valenzuela. El subdesarrollo y la crisis eran problemas que caracterizaban a nuestras economías desde sus cimientos estructurales.

En los ochentas, el nuevo paradigma económico generó la ilusión de una vía rápida hacia el desarrollo: el ingreso expedito al primer mundo a través de la implantación de políticas monetarias y neoliberales. El análisis de los problemas estructurales, vinculados a la noción del núcleo endógeno y a la construcción de un proyecto nacional de largo plazo, fue simplemente soslayado por una concepción que reduce la problemática particular de nuestras economías a la manipulación de las variables monetarias, a la apertura de los mercados y al dinamismo de la esfera financiera. La intervención del Estado se ha reorientado y

su acción se dirige, en detrimento de la economía real, al fortalecimiento de la actividad especulativa de la economía ficticia, inaugurando, en oposición al populismo, una suerte de "burguesismo" a través del cual el gran capital es el principal destinatarios de los subsidios gubernamentales.

Por medio de las políticas pactadas con el Fondo Monetario Internacional, que implicaban en términos económicos y políticos limitar nuestra soberanía e incrementar la dependencia, el neoliberalismo prometía bienestar económico; sin embargo, hoy en día, junto al costo político se hace evidente el enorme costo social del modelo. Costo que ha exacerbado la ya de por sí precaria situación de millones de trabajadores y, principalmente, de campesinos. La modernidad, como otras etapas históricas caracterizadas por el desarrollo hacia fuera, sólo es cierta para un reducido sector económico y ha conducido, como en el pasado, a una mayor explotación y marginación de la inmensa mayoría, fenómeno particularmente lacerante en las zonas rurales.

Así, mientras que el México "imaginario" de unos cuantos accede a través de la apertura económica a sofisticadas tecnologías, en el México "profundo" -por caso, en Yanhuatlán, Oaxaca-, aún encontramos productores que labran su tierra con coas o bastones. Y, si bien, este tipo de paradojas es inherente a las economías que subordinan el objetivo mismo de la producción -la creación de bienes que satisfacen necesidades humanas- a la lógica de la ganancia, ello no exenta la responsabilidad de la política social del Estado.

La tecnocracia se ha dotado de un marco conceptual para velar no sólo la inmediata relación entre el trabajo y el capital, entre el salario y la ganancia sino, también, su responsabilidad social. Se acude así al concepto malthusiano de pobreza para eludir las enormes consecuencias generadas en los rubros de empleo y salario. Pero el modelo económico no debe ser únicamente caracterizado como una fábrica de pobres, de otra forma seríamos incapaces de explicar, a la par, el surgimiento en un plazo muy corto de una nueva oligarquía con montos de capital acumulados que no tienen precedentes. Por ello, y pese al romanticismo con el que se promueve la idea de la globalidad, no debemos engañarnos pues en la aldea global también asistirán, recrudescidas, estas dicotomías.

La subordinación económica y política a las doctrinas del FMI y del Banco Mundial no se ha limitado a la transformación de las relaciones económicas; el sector educativo enfrenta una fuerte embestida que responde a la nueva perspectiva económica. La educación superior masiva -que en décadas pasadas y de cara a las necesidades planteadas por un mercado interno en expansión- se articulaba al proyecto de desarrollo hacia dentro, dejó de ser pertinente en el nuevo esquema que requiere, fundamentalmente, la masificación de la mano de obra técnicamente calificada. Las políticas académicas universitarias han sido modificadas, imitando las normas de sus pares norteamericanas, estimulando la proyección de las investigaciones a problemas y foros del primer mundo, en detrimento de la investigación aplicada a la solución de problemas sociales. La universidad publica

se pretende más exclusiva, no sólo a través del incremento de pagos sino, también, asumiendo políticas que limitan la acción social de los investigadores.

El impacto directo e indirecto de la apertura económica en las zonas rurales ha acelerado, significativamente, las condiciones de desintegración de las comunidades rurales y, si bien tal proceso se inició en la etapa de incipiente industrialización, no tiene hoy en día la contraparte que supuso la propia expansión manufacturera. La forma de producción mercantil simple, difícilmente generará alternativas propias ante un modelo que ha roto con el pacto social y que, con celeridad, todo lo convierte en capital.

La situación de colapso económico y poblacional que viven, hoy en día, miles de comunidades conduce -además de a la pérdida de la riqueza material-, al empobrecimiento de uno de los pocos patrimonios que, en mayor o menor medida, aún conservan las comunidades: la cultura y la identidad. Esta última, al igual que los bienes materiales, constituye un valor de uso y, como tal, forma parte de los satisfactores que enriquecen al hombre. En ese sentido, llamamos la atención sobre el pronunciamiento realizado por la UNESCO: *"el desarrollo se concibe como un proceso que aumenta la libertad efectiva de quienes se benefician de él para llevar adelante cualquier actividad a la que atribuyen valor. En esta concepción del desarrollo humano (por oposición al desarrollo puramente económico), el progreso económico y social está culturalmente condicionado. En esta perspectiva, la pobreza no sólo implica carecer de los bienes y servicios esenciales, sino también de oportunidades para escoger una existencia más plena, más satisfactoria, más valiosa y máspreciada..."*.

Ante esta difícil perspectiva ¿es factible articular el desarrollo comunitario, la cultura y el quehacer universitario? Al respecto, el Proyecto de Conservación, Identidad y Desarrollo de Yanhuítlán es un ejemplo en construcción.

Yanhuítlán es un caso representativo de los contrastes que caracterizan y han marcado nuestra historia. En la época precuauhtémica esta localidad fue uno de los principales señoríos de la región mixteca, con un medio ambiente húmedo y fértil, una población numerosa y una economía próspera. Durante la colonia, Yanhuítlán mantuvo -y, en algunas épocas, incrementó- su importancia económica, motivo por el cual es sede de uno de los templos y exconventos más celebres de Oaxaca, dotado, además, de innumerables bienes muebles. No obstante, su rico pasado contrasta con su actual estado, el cual registra una situación de colapso tanto en su medio ambiente como en su población y economía.

Pese a lo anterior, la rica historia de la localidad ha hecho de la cultura e identidad un valioso patrimonio no tangible, que se ha convertido en el eje axial de un programa de desarrollo integral auspiciado por la propia comunidad de Yanhuítlán, la Coordinación Nacional de Restauración del Patrimonio Cultural del Instituto Nacional de Antropología e Historia (CNRPC-INAH) e investigadores y alumnos de la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM). Dicho proyecto surgió a partir de

un nuevo enfoque de la restauración, donde las tareas de conservación se extienden a la cultura viviente, promoviendo un programa social que ha despertado el interés de diversas instituciones con vocación social.

La preocupación de la comunidad de Santo Domingo Yanhuitlán por su historia y cultura -expresada en la petición que formuló su asamblea por conocer el contenido del Códice de Yanhuitlán-, inauguró una primera etapa de introducción y reflexión acerca del pasado de la localidad. Las distintas presentaciones sobre éste valioso documento del siglo XVI, efectuadas por investigadores de la UAM, de la UNAM y del INAH, así como del programa de restauración, propició, de cara al pasado, el cuestionamiento acerca del futuro de la comunidad, reflexión que, además, se extendió a distintas colonias de yanhuitecos en otras ciudades del país y en Los Ángeles, California, (EEUU).

Esta primera introspección condujo a la comunidad a valorar la necesidad de realizar un diagnóstico sobre su situación, actividad que debía de ir precedida por la realización de un estudio socioeconómico. Con el apoyo de diversos sectores de la localidad y con la participación de dos decenas de estudiantes de la UAM, se levantó un extenso censo que recopiló información sobre las condiciones del medio ambiente, población y economía del municipio. Dicha información, a través del servicio social de la UAM, fue sistematizada por un grupo de alumnos y, posteriormente, analizada por investigadores universitarios quienes culminaron el estudio.

Por medio de una metodología inductiva, la presentación del estudio socioeconómico se efectuó en el marco de un taller de diagnóstico y planeación, que tenía como propósito abrir un proceso de autodiagnóstico y definición de acciones generales, con la idea de establecer un plan rector de desarrollo. En esta etapa, la comunidad dio prioridad a la necesidad de avanzar en la formación de una estructura organizativa, convocando para ello a la formación de comités promotores, tanto en el municipio, como en las colonias de yanhuitecos de las ciudades de Oaxaca, Puebla, Orizaba, México y Los Ángeles; asimismo, se propuso la formación de un patronato que coordinara las acciones de los distintos comités y diera seguimiento a las tareas generales del plan rector.

Tras el nombramiento de un agente promotor y la formación del patronato, se realizaron las primeras tareas, dirigidas a difundir los propósitos del mismo y la conveniencia de avanzar en el plan de desarrollo. Para ello, se organizó un festival cultural que puso en evidencia la capacidad de convocatoria y de organización del patronato y los comités, además de que posibilitó la articulación entre las actividades culturales y las de promoción del plan de desarrollo. Las acciones de planeación, finalmente, se consolidaron con la formulación del programa de desarrollo de las autoridades municipales de Yanhuitlán, incorporado al plan rector.

En ese contexto, los talleres inductivos han sido una herramienta clave, ya que han hecho posible implementar dinámicas grupales donde la propia comunidad es

quien define, en función del análisis de los problemas que enfrenta, las posibles alternativas a seguir. Sin embargo, en el caso de algunas de las opciones económicas, las propuestas de los productores resultan sumamente generales, toda vez que el conocimiento empírico dificulta la formulación de propuestas específicas entorno a la introducción de nuevos modelos productivos y de cultivos alternativos. En consecuencia, la puesta en marcha de nuevos proyectos productivos ha requerido la participación de universitarios quienes evalúan la viabilidad y rentabilidad de los anteproyectos más innovadores. Se trata de propuestas que, además de representar una alternativa económica, deben armonizar con el perfil cultural de la comunidad, al tiempo que repercutan, de manera positiva, en el medio ambiente.

Para enfrentar algunas de estas necesidades, se ha buscado rebasar el marco del servicio social y articular las investigaciones que realizan los alumnos tesistas con las necesidades que se presentan en la comunidad. Además, dicho espacio pretende abrir opciones de participación interdisciplinarias, vinculando los intereses académicos de investigadores y estudiantes con los de la propia comunidad. Finalmente, las tareas de investigación se realizan incorporando en el proceso a los productores que demuestran interés por los nuevos cultivos, estableciéndose contactos con los campos productores y con los centros de capacitación.

Los proyectos de desarrollo comunitario, como el de Yanhuitlán, son ejemplo de la necesidad de contrarrestar las magras consecuencias de las políticas económicas -volcadas hacia fuera y ajenas a nuestra idiosincrasia-, a partir de elementos culturales que dan identidad a las comunidades; asimismo, son espacios que exigen la participación de las universidades públicas y que validan la importancia de la investigación aplicada al campo social; por último, son proyectos que no olvidan aquellas famosas tesis, que presentan al hombre modificado como producto de circunstancias modificadas, que sopesan la pertinencia del conocimiento científico en función de la transformación misma de la realidad.

[Regresar al Índice](#)